

# INVESTIGACIÓN, PERSPECTIVAS Y REFLEXIONES EN TORNO AL SUICIDIO

JOSÉ ANTONIO VÍRSEDA HERAS  
IMELDA ZARIBEL OROZCO RODRÍGUEZ  
ALEJANDRO GUTIERREZ CEDEÑO  
Coordinadores



Universidad Autónoma  
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
**Carlos Eduardo Barrera Díaz**  
*Rector*

Doctor en Ciencias Computacionales  
**José Raymundo Marcial Romero**  
*Secretario de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales  
**Martha Patricia Zarza Delgado**  
*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación  
**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**  
*Secretario de Rectoría*

Doctora en Humanidades  
**María de las Mercedes Portilla Lujá**  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias del Agua  
**Francisco Zepeda Mondragón**  
*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación  
**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**  
*Secretario de Finanzas*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas  
**Eréndira Fierro Moreno**  
*Secretaria de Administración*

Doctora en Ciencias Administrativas  
**María Esther Aurora Contreras Lara Vega**  
*Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho  
**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**  
*Abogada General*

Maestra en Salud Animal  
**Trinidad Beltrán León**  
*Secretaria Técnica de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación  
**Ginarely Valencia Alcántara**  
*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctor en Ciencias Sociales  
**Luis Raúl Ortiz Ramírez**  
*Director de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales Región A  
y Encargado del Despacho Región B*

INVESTIGACIÓN, PERSPECTIVAS Y REFLEXIONES  
EN TORNO AL SUICIDIO

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Lujá**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

# INVESTIGACIÓN, PERSPECTIVAS Y REFLEXIONES EN TORNO AL SUICIDIO

JOSÉ ANTONIO VÍRSEDA HERAS  
IMELDA ZARIBEL OROZCO RODRÍGUEZ  
ALEJANDRO GUTIÉRREZ CEDEÚO  
Coordinadores



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*"2024, Conmemoración del 60 Aniversario de la Inauguración de Ciudad Universitaria"*

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMEX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

**Primera edición, octubre 2024**

*Investigación, perspectivas y reflexiones en torno al suicidio*  
José Antonio Vírveda Heras | Imelda Zaribel Orozco Rodríguez |  
Alejandro Gutiérrez Cedeño | Coordinadores

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: 722 481 1800  
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-937-4

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Álvarez  
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras  
Coordinación de diseño: Luis Maldonado Barraza  
Corrección de estilo: Estefani Guadalupe Juárez Galindo y Alma Lilia Oría Cerón  
Diseño y formación: Eva Laura Rojas Almazán  
Diseño de portada: Martha Díaz Cuenca



## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
SUICIDIO Y ACOSO ESCOLAR, ¿EXISTE ALGUNA CONEXIÓN? <i>Brenda Mendoza González, Arlet Adriana Hernández Pérez</i>	13
ACTITUD PARA NO SUICIDARSE <i>José Antonio Vírseda Heras, Imelda Zaribel Orozco Rodríguez</i>	35
CAUSAS Y REFLEXIONES SOBRE EL SUICIDIO EN FREUD: ALGUNAS RECOMENDACIONES PARA SU ABORDAJE DESDE EL PSICOANÁLISIS <i>Cristián Salazar Cepeda</i>	51
SOBRE EL SUICIDIO DESDE EL PSICOANÁLISIS; BREVE VIÑETA DEL CASO PHIL <i>Rafael Revueltas Mira</i>	67
FACTORES PSICOSOCIALES EN EL ACTO SUICIDA <i>Diego Noel Pineda Juárez</i>	93
DUELO Y RESILIENCIA ANTE LA PÉRDIDA DE UN HIJO <i>Erika Robles Estrada, Aída Mercado Maya, Hans Oudhof van Barneveld</i>	119
MÁS ALLÁ DE LA INDIVIDUALIDAD: SUICIDIO E INDEFENSIÓN EN EL MARCO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL <i>Alejandro Lara Figueroa, Ángel Manuel Vázquez Montes de Oca, Daniela López González</i>	135
SUICIDIO EN MÉXICO, INCUMPLIMIENTO DEL DERECHO A LA SALUD EN LAS NIÑAS, NIÑOS Y ADOLESCENTES <i>Juan Carlos Fabela Arriaga, Miguel Ángel Vega Mondragón</i>	151

SUICIDO COMO RIESGO PSICOSOCIAL: MIEDO Y CLIMA DEL SILENCIO: COMO ESTRATEGIAS DE GESTIÓN UNIVERSITARIA <i>Aristeo Santos López</i>	165
DE LA VIGENCIA Y PERTINENCIA DEL SUICIDIO A PARTIR DE LA PERSPECTIVA DE LUCIO ANNEO SÉNECA <i>Roberto Andrés González Hinojosa</i>	191
[NO HAY] MAGIA <i>José Damián Mercado Sánchez</i>	209
AUTORES	215

# DE LA VIGENCIA Y PERTINENCIA DEL SUICIDIO A PARTIR DE LA PERSPECTIVA DE LUCIO ANNEO SÉNECA

*Roberto Andrés González Hinojosa*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

## RESUMEN

Esta investigación tiene por objetivo la conceptualización del suicidio a partir de la filosofía de Séneca en virtud de que en la obra del autor originario de Córdoba se encuentra atravesada precisamente por la preocupación en torno a la muerte. Para este pensador el suicidio posee dos acepciones, en primer lugar, el que se realiza por motivos estrictamente personales, es decir, por la enfermedad física o por la incapacidad mental de un individuo; en segundo lugar, el suicidio que se lleva a efecto en favor de los amigos y por la comunidad. Desde la perspectiva del pensador, el suicidio ha de entenderse como un acto racional, toda vez que puede realizarlo únicamente el sabio.

**Palabras clave:** Hombre, Muerte, Suicidio, Séneca.

## ABSTRACT

This research aims to conceptualize suicide based on Seneca's philosophy, given that the work of the author originally from Córdoba is crossed precisely by concern about death. For this thinker, suicide has two meanings, firstly, that which is carried out for strictly personal reasons, that is, due to the physical illness or mental incapacity of an individual; secondly, suicide that is carried out in favor of friends and for the community. From the perspective of the thinker, suicide must be understood as a rational act, since only the wise can perform it.

**Keywords:** Man, Death, Suicide, Seneca.

## INTRODUCCIÓN

La presente investigación se ha propuesto la factura de una indagación en torno al sentido del suicidio a partir de la filosofía de Séneca. Consideramos que como pieza inicial de esta indagación debía figurar la acotación antropológica de la idea del hombre como ser para la muerte, en el entendido de que en el pensamiento del autor cordobés figura como trasfondo prácticamente de toda su obra la alusión a la muerte. Esta última constituye el punto de referencia para el tipo de hombre que se es o que se desea llegar a ser. La muerte ciertamente es el punto final en donde se cierra invariablemente la existencia, no obstante, en función de la manera en que el individuo se acerque a su encuentro obedecerá al tipo de individuo que es. Así, el hombre debe prepararse para la muerte, y no emplear su tiempo para aplazar su fin. La filosofía en Séneca, así como en Platón, una vez más es concebida como una propedéutica para la muerte, en el sentido de que la filosofía es la que puede enseñar a apaciguar los ánimos y enfrentar el destino con serenidad.

La secuencia del despliegue de la vida estaría estructurada por los siguientes tres momentos: saber, nacimiento, crecimiento y muerte. El intervalo que separa al nacimiento respecto de la muerte está entretejido por la diversidad y la diferencia cualitativa de la existencia. El sentido de la existencia consistiría en remontar el ser de un modo virtuoso hasta el fin. La virtud consiste en plegarse lo más posible a la naturaleza, o sea, actuar conforme la ley del logos, para esto se requiere voluntad, prudencia, serenidad y valentía. Sin embargo, cuando las facultades y las fuerzas del sujeto ya no le son propicias para la consecución de este fin, es donde florece la eminente pertinencia del suicidio.

El suicidio, el autor lo concibe como un acto eminentemente racional, y puede llevarlo a efecto solo quien, conforme a la naturaleza, lleva hacia adelante el deber, esto es, solo el sabio puede facturar el suicidio como un acto libertario, pues mediante éste logra conservar el honor y se anticipa a la ruina o a la vergüenza.

Por otra parte, para el autor cordobés, el suicidio puede clasificarse en dos grupos, éstos son, o bien para sí mismo, o bien para los demás. Aunque la lógica le asiste al primero de éstos, se pudiera considerar que la vigencia del suicidio es mucho más pertinente en el segundo de los casos, a saber, cuando el sujeto virtuoso pone voluntariamente su vida por los demás.

## LA IDEA DEL HOMBRE COMO SER PARA LA MUERTE

Sin duda, la preocupación dominante en el pensamiento de Séneca gira alrededor del ser del hombre. Cabe resaltar que, en la filosofía de éste, el sujeto es conducido hasta un claro abierto donde queda expuesto en medio de sus confines existenciales, es decir, el hombre se revela y se reconoce como un ser finito sin mayor galardón que su propia existencia.

El ser humano, al nacer, es arrojado al mundo marcado por una mengua, éste tiene que aprender a desenvolverse en medio de su contingencia: tiene que abrirse paso conforme a la angostura del tiempo. En este contexto, la base tanto para la meditación (filosófica), como para la existencia, es justamente la eminencia de la muerte; es decir, el trasfondo sobre el cual se lleva a efecto la tematización del hombre, sin más, es la muerte.

Este dato es de suma importancia, pues, a decir verdad, uno de los rasgos sobresalientes, como dice Perales (2002), en el pensamiento del autor cordobés es justamente la constante referencia a la muerte: “Si bien la mayoría de los estoicos griegos y romanos trataron el tema de la muerte, en ninguno adquiere tanta relevancia como en Séneca [...], dicha temática atraviesa, como un hilo argumental, tanto sus Epístolas como los Tratados morales” (p. 434).

Podría decirse que, en este pensamiento, la reflexión del hombre no se puede desasociar del tema de su fin. La muerte hace las veces no solo de trasfondo, es además el punto de referencia respecto del cual se mide el estatus cualitativo de las existencias. Pero, ¿por qué tal énfasis en la muerte? Sin duda, es debido al concepto que el autor tiene acerca del hombre, en torno al cual afirma: “¿Qué es el hombre? Un recipiente quebradizo a cualquier golpe y a cualquier sacudida. No hay necesidad de un violento temporal para destrozarte: en cuanto te des un golpe te desharás” (Séneca, 2019a, 11 §3); el ser humano es concebido como un vaso frágil y quebradizo, el cual puede ser desbaratado por cualquier temporal, puede quebrarse por una enfermedad, por una lucha cuerpo a cuerpo.

Resulta curiosa la analogía que el autor hace respecto al humano, al compararlo con un sujeto de cristal, el cual, desde luego, está expuesto al riesgo y al peligro de quebrarse; en otras palabras, la fragilidad de su constitución representa una nota anticipada de su inevitable ocaso.

En otra parte, Séneca vuelve a insistir en la pregunta, ¿Qué es el hombre? Un cuerpo endeble y frágil, desvalido, indefenso por su propia naturaleza, necesitado de la ayuda ajena, abandonado a todas las insolencias de la suerte, cuando ha fortalecido bien sus brazos..., fabricado con materiales flojos y deleznales, nada resistente al frío, al calor, a la fatiga y, en cambio, destinado a caer en la consunción por la misma inactividad (2019a, 11 §3).

El hombre ha sido creado con materiales flojos y defectuosos, de todo se queja, del frío, del calor, de la lluvia, es un ser desvalido, y requiere del apoyo de los demás para poder sobrevivir. Sin embargo, en medio de su abandono a la insolencia de la suerte, algo tiene seguro, a saber, que está destinado a la consumación de su ser, es decir, tiene como fin su propia consumación. La única certeza, en todo caso es esta, a saber, algún día morirá.

Ahora bien, si sabemos interpretar correctamente la referencia inmediata, el autor está aseverando que la naturaleza del ser del hombre es quebradiza y, por lo mismo, está condenado al ocaso, es decir, la existencia se encuentra enderezada invariablemente hacia la muerte, en este sentido, puede colegirse que el hombre es por antonomasia el ser para la muerte. Para entender un poco más esto, es preciso traer a colación la siguiente referencia, donde el autor afirma que “la mayor parte de los mortales, se queja de la malicia de la naturaleza, porque somos engendrados para un tiempo escaso” (Séneca, 2019f, 1 §1), esto quiere decir que, aun cuando la mayoría de los hombres se queja por el angosto espacio del lapso de la vida, la naturaleza ha creado al hombre para una existencia breve, le ha dotado de un tiempo demasiado corto, en medio del cual tiene que aprender a dar resolución a sus negocios y salida a sus asuntos pendientes.

Mientras vive, sin embargo, el humano corre el riesgo de perderse en un sinfín de banalidades, esto sucede cuando queda preso en, o se abandona a la insolencia de la suerte; aquí es donde el tiempo de vida se torna insuficiente para todos los menesteres que quedan pendientes al hombre atareado. Sin embargo, Séneca, enfatiza, “no es que dispongamos de poco tiempo; es que perdemos mucho” (2019f, 1 §3), se desperdicia el tiempo cuando, lejos de ocuparse en uno mismo, se emplea en asuntos que empobrecen cualitativamente el ser del hombre, buscando hacer tesoros en la tierra, olvidando que la puesta de sol está cada vez más cerca, y al final del día se cosechan diferentes insatisfacciones.

Desde esta perspectiva, podría afirmarse que la estructura de la existencia se encuentra hilvanada por tres momentos: nacimiento, existencia y muerte. Cada sujeto, inexorablemente, desarrolla esta hipérbole, no obstante, lo que al autor le interesa, es hacer notar que se debe llegar con valor y dignidad al encuentro con la muerte. Esta es la apuesta de la cátedra de Séneca.

Ahora bien, cabe reconocer que, en efecto, cada existencia es relativa, es distinta y única, no obstante, es posible considerar que, partiendo del autor, es viable dibujar una imagen o figura mediante la cual se pueda estructurar precisamente, el curso de la existencia. Séneca afirma que todo individuo “inicia su vida con lágrimas” (2019a, 11 §4), este punto de inicio sería algo común a todo mortal, es decir, la existencia puede fincar su comienzo justamente cuando el sujeto es arrojado al mundo en su nacimiento, ahí es donde comienza a vivir llamando la atención con su llanto. A continuación, el sujeto se desenvuelve por diferentes veredas, unos, se les puede ver desperdiciando el tiempo, abandonados a la suerte, sumergidos en múltiples tareas (atareado), sometidos al capricho de otros sujetos; a este tipo de individuos al final del día no les queda tiempo para sí.

Otros, prefieren ocuparse en sí mismos, eligen ocuparse en su carácter, prefieren templar sus emociones y no sujetarse a las cosas vanas; este tipo de personalidad la poseen los sujetos libres, lo cuales se han desprendido de las ataduras de las emociones y de la esclavitud de los otros hombres.

“¿En qué consiste la libertad, preguntas? En no esclavizarse a cosa alguna, a necesidad alguna, a contingencia alguna” (Ep., 51 §9), el sujeto se concibe libre en la medida en que lo ajeno no posee poder sobre de él, justo por esto lleva una vida desapegada, una vida despreocupada, no cede su vida a otros sujetos, y vive cada día como si fuera el último de su vida, ocupa sus fuerzas en su presente, no vive de ilusiones ni de sueños.

Podría decirse que todos los sujetos son iguales al ser arrojados a la vida, pues vienen desnudos; sin malicia y sin vicios, no obstante, en el transcurso de cada existencia el sujeto se va tornando específico, por esto es que puede aseverarse que no hay dos existencias iguales, todas son relativas; unos hombres toman por el camino de la insensatez (vicio, pasiones, concupiscencia), mientras que otros toman el camino de la sabiduría. Sin embargo, lo que al autor cordobés parece interesarle es mentar una máxima que haga las veces de ley o de principio fundamental en donde esta diversidad de modos de la existencia pueda venir a empatarse. Así, el autor ve esta posibilidad

justamente en el ocaso de la vida, es decir, si bien resulta cierto que en el concierto de las existencias predomina la diferencia, el autor anhela encontrar un punto nodal de encuentro, y esta posibilidad la halla precisamente al final de la vida, en el entendido de que toda vida, sin excepción y sin excusa se encuentra enderezada hacia la muerte.

El hecho es, que, para Séneca, toda vida se encuentra en proceso de definición, y semejante determinación no concluye sino hasta el final. El sujeto, para nuestro pensador, al ser arrojado a la existencia, más que a vivir, comienza a morir. El decurso de la existencia se ve así, de un modo invertido, no se privilegia el futuro, porque es incierto, se vive en el presente sin escamoteos, por esto el autor agrega: “Morimos cada día; cada día, en efecto, se nos arrebatada una parte de la vida y aun en su mismo período de crecimiento decrece la vida” (Séneca, Ep., 24 §20). Como se puede ver, la existencia se aprecia desde la parte final, pues hacia el fin es a donde se dirige, pero más aún, porque ese puerto es el más seguro e indubitable. El sentido de la existencia le es conferido justo por el fin, o sea por la manera de enfrentar la muerte.

Podría decirse que la vida es concebida como una suerte de isla, la cual se encuentra contornada por lo que está precisamente más allá de la vida, a saber, por la muerte. La vida está delimitada, y su delimitación es precisamente la muerte. El autor en torno a esto afirma que: “La vida nos ha sido concedida con la limitación de la muerte; hacia ésta nos dirigimos” (Ep., 30 §10), la vida se encuentra acotada por un punto inescrutable, el cual la naturaleza ha diseñado como punto final de referencia, punto desde el cual se desgranar los diferentes sentidos de la existencia.

Así, la muerte viene a erigirse en una suerte de certidumbre (verdad inconcusa), la cual, por antonomasia atañe a todos por igual. Séneca afirma de ésta lo siguiente: “Una misma suerte encadena a todos: a quien le ha tocado nacer, le resulta luego morir. Nos separa la distancia, nos iguala el final. Nada hay ya cierto para nadie a excepción de la muerte. No obstante, todos se lamentan del único hecho que a nadie engaña” (Ep., 99 §9). En este aspecto el autor, versa acerca de la muerte, descubre la ley de la naturaleza y la enarbola en términos de certeza inamovible. Aspecto muy relevante, habida cuenta de que todo gran pensador lleva a efecto un gesto filosófico enarbolando una *mathesis* fundamental. Recordemos que, en Platón, este rubro lo cubrían las ideas o los arquetipos; en Aristóteles, el ser en sí. En Séneca, la muerte es lo más evidente, y el punto a donde decantan todas las existencias: es principio de unidad y verdad inconcusa.

Por último, el hombre tiene que aprender a cada momento a vivir la vida, pues ha venido a la existencia sin experiencia, pero el plus que el autor mienta es que, a pesar de todo, tiene uno que prepararse también para la muerte; “a vivir hay que aprender durante toda la vida y cosa que quizá te extrañe más, durante toda la vida hay que aprender a morir” (2019f, 7 §3). ¿Por qué tiene uno que prepararse para la muerte?, es decir, ¿por qué el hombre tiene que aprender a morir? Porque hay maneras de afrontar su fin, o ir a su encuentro, ya como esclavo, ya como hombre libre. Cabe acotar que este último es quien, lejos de resignarse al destino impuesto, puede elegir voluntariamente su propia muerte.

#### DE LA POSIBILIDAD DE ELEGIR NUESTRA PROPIA MUERTE, O DE LA RACIONALIDAD DEL SUICIDIO

##### *I*

El fenómeno del suicidio se ha venido debatiendo desde la Grecia Clásica, tal como se muestra en la célebre Apología de Sócrates, en donde precisamente este filósofo, por honor y justicia, decide voluntariamente asumir la pena de muerte, aun cuando sus amigos le instaban a escapar, diciéndole que tenían el camino allanado para que huyera de la prisión por su vida.

Sócrates pudo acabar con su vida dejando de comer y sucumbir por inanición antes que por envenenamiento; con todo, pasó treinta días en la cárcel a la espera de la muerte, no porque pensase que todo era posible y que tan larga dilación daba cabida a muchas esperanzas, sino para someterse a las leyes, para hacer fruir a sus amigos del Sócrates de los postreros momentos (Ep., 70 §9).

La visión platónica y, posteriormente, la visión estoica verá con buenos ojos la posibilidad de la muerte voluntaria. En torno a este punto, Marcelo Boeri afirma: “hay autores que ofrecen razones para intentar persuadirnos de que el suicidio puede constituir un acto apropiado. Entre los defensores de esta posición se encuentran los estoicos, quienes argumentaron que el suicidio puede, en ciertas circunstancias, no sólo ser un acto perfectamente racional, sino también el más racional de todos” (2002: 22).

En este sentido, puede verse que la pertinencia del suicidio entre los estoicos descansa sobre la base de un entramado muy complejo de cosas, habida cuenta de

que existen varias exigencias que tienen que cumplirse para su viabilidad en cuanto acto moralmente aceptable. En primer lugar, el suicidio en cuestión tiene que poseer la fuerza para poder contarse entre los actos eminentemente racionales, para que a la vez pueda calificarse como un acto adecuado.

Desde la perspectiva de Séneca, ¿qué es lo propiamente racional?, o ¿qué se entiende por acto racional?, éste afirma: “El hombre es, en efecto, un ser racional; por tanto, su bien llega a la plenitud si ha cumplido con el fin para el que ha nacido” (Ep., 41 §8), esto quiere decir que, aun cuando en la definición del hombre figura lo racionalidad como nota distintiva, no implica que todos los mortales han llevado esta capacidad al cumplimiento del fin para el que han nacido; en otras palabras, la existencia del hombre al estar caracterizada por la diferencia, puede llevar a efecto actos adecuados, o bien inadecuados, es decir, no todo acto, aun siendo facturado por el hombre, es racional.

Pensemos, por ejemplo, en un hombre airado o deprimido, su juicio, por supuesto, está turbado y sus decisiones no pueden contarse como racionales. Diógenes Laercio, en torno a estos actos dice: “el nombre de *kathékon* (lo adecuado, el deber), siendo su denominación derivada alcanzar o incumbir a algunos. Es la acción que por sí misma es afín (*oikeíon*) a las disposiciones de la naturaleza, pues de los actos realizados por un impulso, los unos son adecuados, y otros en contra de lo adecuado” (VII, 108).

Los actos adecuados serían los que son convenientes con la razón, mientras que los actos inadecuados son los que no han coadyuvado al cumplimiento del fin de la razón. Entre los actos convenientes está el deber; mientras que en la lista de los actos inconvenientes están los vicios y los arranques pasionales. ¿Cuál es el fin para el que ha nacido el ser racional?, dice Séneca que el hombre ha sido arrojado a la existencia para perseguir y alcanzar el bien, “el bien supremo, el supremo fin (*telos*)” (Brun, 1997:105). El hombre llega a buen puerto cuando al fin alcanza el bien. El cumplimiento de esta meta, convierte al sujeto en un ser superior, que ha puesto de lado lo banal y se ha enfocado en lo que efectivamente acrecienta su ser, se ha ocupado en el cuidado de sí.

En torno a esto, el autor cordobés agrega: “el único bien es la virtud, ninguno ciertamente existe separado de ella; la propia virtud se halla ubicada en la parte más noble de nuestro ser, es decir, en la racional. ¿En qué consistirá esta virtud? En un juicio verdadero y estable” (Ep., 71 §32). En otras palabras, el único fin es,

precisamente, el bien no obstante, éste se alcanza mediante la virtud, de tal suerte que resulta imposible separar el bien respecto de la virtud, y viceversa.

Esto significa que la meta del hombre consistiría en alcanzar la virtud. El fin es la virtud en la medida en que ésta se trastoca en el bien mismo. Desde luego, el costo de este empeño es la supresión de las emociones grotescas y pasiones inseguras. La vida del sabio se distingue de la del necio en la medida en que el primero se aleja de lo superfluo y se endereza hacia la conquista de su propio ser en el claro de una vida virtuosa, actuando y procediendo conforme al deber. La virtud, ciertamente es una, quien tiene alguna, las posee todas, se es virtuosos o no se es en absoluto, aquí no hay cabida para los términos medios. Entre las virtudes reconocidas por el estoicismo caben enumerar la “prudencia, justicia, valentía, templanza” (Laercio, VII, 102).

Por contraste del sabio, el necio se encuentra extraviado en el mundo, perdiendo el tiempo en el vino, absorbido en un sinfín de compromisos que lo atarean y no le permiten un lapso de tiempo claro para sí, vive entre las habladurías, está orientado hacia la concupiscencia, unas veces dominado por la ira, otras por la venganza, no encuentra la paz ni la serenidad para una vida apacible, se ha olvidado de sí.

Con todo, y aunado a esto, resulta importante subrayar que hay un rasgo eminente que permite distinguir la vida del sabio, la cual queda de manifiesto precisamente por el cumplimiento mismo de la virtud, siendo eminentemente racional la conducta de éste que procede conforme a la naturaleza. Séneca pregunta “¿qué es, pues, lo que esta razón exige de él? Una cosa muy fácil; vivir conforme a su propia naturaleza” (Ep., 41 §8). La vida del sabio se distingue de las otras formas de existencia justamente porque vive en conformidad con la naturaleza. Y este es el punto de quiebre en donde se distingue la forma de vida al sabio respecto a la del necio.

## II

Ahora pues, si el ser racional ha sido arrojado al mundo para alcanzar el fin que es justamente el bien, esto significa que, por principio, ha de decantarse por un tipo de vida dominada por el trabajo y el esfuerzo constante por salir hacia adelante, empeñándose en todo momento por alcanzar la sabiduría, precisamente porque éste es, sin más, el camino de la virtud.

Podría decirse que, en efecto, el sentido de la vida es la virtud, o viceversa, la virtud es el sentido de la existencia. “Luego en la virtud está radicada la dicha verdadera. No estimes bueno o malo nada que no tenga relación con la virtud” (Séneca, 2019d, 16 §1). Lo bueno adquiere tal adjetivo en función de su íntima conexión con la virtud, así también, lo disociado de la virtud puede contarse como lo cualitativamente malo.

A decir verdad, ningún mortal nace siendo virtuoso, no nace siendo bueno o malo, antes bien se precisa del deseo y de la voluntad para encauzarse por el camino racional. El camino trillado por los hombres, como decía Parménides, es el sendero de la doxa (o conocimiento vulgar), es la vereda donde ha sido arrojado el hombre al nacer, ahí dominan los prejuicios, las falsas interpretaciones y los vicios; por este camino es por donde transitan los necios. Semejante camino está caracterizado, entre otras cosas, por la falta de entusiasmo, es decir, no tiene mayor mérito, teniendo en cuenta que no es objeto de búsqueda, antes bien es dominado por el hábito y la costumbre.

Por contraste a éste, está el camino de la virtud, mismo que se encuentra adyacente o, más allá, de lo vulgar. Podría aseverarse que, si bien el camino de la doxa es destino, en el entendido de que todos los sujetos, irremisiblemente han sido compelidos a venir a nacer ahí, no obstante, no todos están obligados a permanecer cautivos ahí. Hablando con justicia, dice Séneca, hemos de dar gracias a la Providencia quien proveyó de una alternativa como salida de este cautiverio; así, la vereda adyacente es el camino de la sabiduría, el cual requiere inexorablemente de una resolución por parte del sujeto, en el entendido de que en algún momento de su tiempo éste optó por buscar y ceñirse a la virtud. Se requiere esmero, dedicación y trabajo para aprender a dominar las pasiones y los apetitos. Justo por esto Séneca asevera que “a vivir hay que aprender durante toda la vida” (2019f, 7 §3).

Esto puede entenderse, como que la vida misma va dando las pautas para ir aprendiendo a dominarse a uno mismo. Pudiera decirse que mientras el sujeto se ha resuelto por alcanzar la sabiduría, desprendiéndose de los vicios, posee una vida llena de mérito y digna de ser vivida, de ser imitada.

Este es el punto crucial al que nos lleva la reflexión de Séneca, reconocer que lo más valioso no es una vida con muchos años (una larga duración), sino poseer una existencia plena y llena precisamente de mérito: “Piensa siempre en la calidad de vida, no en su duración” (Ep., 70 §4). El hombre común (el necio), se demora, pierde mucho tiempo, justo por esto piensa que una vida prolongada no le es suficiente para agotar todos sus compromisos que tiene con todo el mundo, se fatiga todos los días

sin tener tiempo para sí, se reparte en mil ocupaciones durante el día, y piensa que al final de su existencia podrá jubilarse para al fin ocuparse en cosas superiores.

Esta forma de vida que existe aplazando la mejor suerte para el final de sus días; se engaña, pues cree que tiene el futuro asegurado, sin saber que el día de mañana su existencia puede ser cortada de un solo tajo. En este sentido, es mejor vivir sin afán, hacer como si esta puesta de sol fuera la última, esto, lejos de ceder tiempo propio para lo accesorio, más bien permite que el sujeto sabio se apropie de su ser y se adueñe de su tiempo.

Es propio del hombre eminente y que está por encima de los extravíos humanos no dejar que le quiten nada de su tiempo, y su vida resulta larguísima precisamente porque todo cuanto se ha prolongado ha quedado enteramente libre para él, ningún momento ha quedado inactivo y ocioso, ninguno ha estado cedido a otra persona. ¿Qué placer nuevo puede ya reportarle una hora? Todo le es conocido, todo experimentado hasta la saciedad. Su vida está ya a salvo (2019f, 7 §5, 9).

Esto quiere decir que el hombre virtuoso siempre se encuentra ocupado, labrando su propio ser, no da cabida al ocio, nunca se encuentra inactivo, tampoco vive para los otros, sin antes haber visto por sí mismo (por esto no se angustia, ni entra en depresión). Su riqueza no son los bienes materiales, pues sabe que nada ha traído al mundo y así, igual, nada se llevará al concluir su camino. Su existencia resulta larguísima, su vida está ya a salvo.

Instrumentos preciosos para el ejercicio de la virtud son, desde luego, el cuerpo y la inteligencia. Sin embargo, como lo reconoce Séneca, el hombre ha sido creado con materiales malos, cuya cohesión se fractura al primer golpe fuerte, su cuerpo se queja de los cambios climáticos, se enferma, tiene frío, tiene hambre, es un ser en desventaja frente a otros animales.

Así también, su inteligencia es limitada, no sólo porque no puede recordar todo, o porque no puede conocer todas las cosas, sino aún más porque no siempre puede mantener la lucidez a la par del tiempo que dura la existencia, es decir, la sanidad del cuerpo y la lucidez de la inteligencia muchas veces es rebasada por la longevidad del sujeto, de tal suerte que se invierte la máxima estoica que dice que es preferible una vida de calidad que una longeva.

¿Cuál es el posicionamiento del sabio cordobés ante esto último?, es decir, ¿cuál es su postura ante una situación dada en donde el cuerpo y la mente ya no son propicios para la consecución de la virtud? Aquí es justo el punto en el que florece la alternativa

del suicidio como posibilidad racional ante una actitud para la que vale más la rectitud de la vida que una existencia sin mérito. En torno a esto dice Marcelo Boeri, pensar “un sujeto que se encuentra bajo condiciones que le impiden el ejercicio de la virtud y de su racionalidad le conviene quitarse la vida” (2002, p. 32).

Es decir, el suicidio sería la respuesta ante una existencia cuyos medios no resultan ya convenientes para la virtud. Y esta es la postura de Séneca, quien afirma, “Más la vida, como sabes, no debe conservarse por encima de todo, ya que no es un bien el vivir, sino el vivir con rectitud” (Ep., 70 §4). Esto quiere decir que la vida no es un bien, es decir, no es el fin de la existencia, el fin consiste en vivir con rectitud, justo por esto el autor cordobés afirma que la vida no necesariamente debe conservarse por encima de todo y a costa de cualquier precio, la meta, en todo caso, es la vida templada y recta.

Séneca argumenta con ecuanimidad que “morir más pronto o más tarde no es la cuestión; morir bien o mal, ésa es la cuestión; pero morir bien supone evitar el riesgo de vivir mal” (Ep., 70 §6). Cuando la vida se ha tornado adversa a tal grado que las fuerzas del mortal no son ya suficientes para seguir escarpando el camino de la sabiduría es preferible optar por el suicidio. El sabio ha de aprender a valorar en qué momento debe retirarse de la arena, de tal manera que es preferible una salida honorable, es decir, una salida a tiempo, que una existencia prolongada y vergonzosa. El sabio se encuentra tendido hacia la muerte, no teme morir, pues sabe que la muerte es una ley de la naturaleza, y afrontar serenamente a la muerte es actuar de manera virtuosa, toda vez que con este gesto se pliega a los designios de la ley divina.

El hombre virtuoso es poseedor de un juicio justo, por lo tanto, puede decidir serenamente en qué momento ha de salir del mundo, pues como dice el autor, no se trata de morir más pronto o más tarde, sino de morir bien, escapando con ello al riesgo de vivir mal.

El cordobés afirma: “En efecto, está decidido que mueras algún día, aun contra tu voluntad, y que mueras cuando te plazca, está en tu mano; lo primero es inevitable, lo segundo se te permite” (Ep., 117 §22).

Esto es, la muerte es inevitable, no obstante, la manera y el momento de cerrar la vida y escapar del mundo le está permitido como alternativa al hombre sabio, salir a tiempo y por decisión propia de la vida equivale a salir con honor y con la frente en alto, sin el dejo de la sumisión ni la vergüenza.

Resulta interesante la aseveración proferida por el autor cuando dice que “ninguna solución mejor ha encontrado la ley eterna que la de habernos otorgado una sola entrada en la vida y muchas salidas” (Ep., 70 §12), pues la única entrada al mundo es mediante el nacimiento, el cual no se elige, mientras que la vida misma le ofrece al sabio múltiples salidas, de entre las cuales puede decidir por cual decantarse, pues así como el camino de la sabiduría precisa una voluntad resuelta, así también el suicidio requiere de la voluntad del sujeto, toda vez que éste es por antonomasia la manera voluntaria de morir.

Por último, para el cordobés existe, no obstante, una muerte más aconsejable de entre todas las formas de salir de la vida, a saber, la que menos se demore y a la vez sea más apacible. Así que no se puede decidir de forma general, si hemos de anticiparnos a la muerte o aguardar su venida, en el caso de que una violencia extrema nos conmine con ella; existen diversas circunstancias que pueden decidirnos por una u otra alternativa. Si se nos da opción entre una muerte dolorosa y otra sencilla y apacible, ¿por qué no escoger esta última? (Ep., 70 §11). Aquí se vuelve a insistir en que la muerte es inevitable, tarde o temprano viene a acotar la vida, sin embargo, si se nos diera a elegir entre una muerte violenta y otra apacible, Séneca aconseja elegir la menos dolorosa y sencilla. La vida del sabio, de ante mano, está ya a salvo.

### *III*

A lo dicho hasta aquí cabe agregar que, desde la perspectiva de Séneca, existen dos tipos de suicido racionalmente aceptables, uno de carácter personal y otro en favor de los demás, es decir, el primero es un suicidio que atañe exclusivamente a los intereses del sujeto, mientras que el segundo, se factura en beneficio de los otros.

En torno a esto Rist afirma, “es obvio que estas razones [las del suicidio] son de dos tipos. La muerte puede autoinfligirse o bien por causa de alguien más o bien bajo circunstancias especiales, por uno mismo (1995: 248). De cualquier manera, el sabio se encuentra enderezado hacia la muerte, no sólo sabe que el destino le ha forjado como un ser finito y que algún día partirá, pero aún más, sabe que puede darse el lujo de visualizar la forma de escapar del mundo, privándose voluntariamente de la vida. O acaso no “la salida está expedita. Tan sólo fijaos y veréis qué corto y despejado camino lleva a la libertad” (Séneca, 2019b, 6 §7). Por su parte, Diógenes Laercio, tocante a

este asunto, afirma: “Por un motivo razonable, dicen, el sabio podrá despojarse de la vida, tanto en defensa de su patria como de sus amigos, o si se encuentra con un dolor muy insufrible o con mutilaciones o con enfermedades incurables” (VII, 130).

Por lo tanto, en lo que se refiere al suicidio por uno mismo, el sabio puede optar por éste cuando ha sido presa de una enfermedad incurable, o bien cuando es acosado por dolores y padecimientos insoportables. Cuando esto último sucede, y para no ser objeto de lástima o ser dependiente de los demás, es aconsejable mejor la muerte voluntaria, esto evitará el riesgo de vivir mal, es decir, de que el sujeto sea objeto de una vida miserable o de burla por parte de los demás. Porque como aconseja a Lucilio, “no es un gran asunto la vida. La gran proeza estriba en morir con honestidad, con prudencia, con fortaleza” (Ep., 77 §6), de la vida uno tiene que salir con la cabeza en alto, a la muerte se le debe afrontar con serenidad y con valor. La muerte no debe ser penosa, es la ley de la naturaleza; el sabio puede evitar caer en la degradación, anticipando por su propia decisión su salida.

En este sentido, el suicidio puede ser concebido como la alternativa racional que se anticipa a la servidumbre, a la esclavitud y a la vergüenza. Así, el pensador cordobés (Ep., 70 §23) narra el testimonio de un esclavo a quien le estaba reservada una muerte espantosa en el circo, éste decidió cortarse el cuello entre los rayos de la rueda que le conducía a la muerte, anticipándose al suplicio y a la vergüenza pública que le aguardaba. Para Séneca, “debemos preferir la muerte más inmundada a la más noble esclavitud” (Ep., 70 §21).

De esta manera es como se esgrime la pertinencia del suicidio para uno mismo, el cual mira precisamente la dicha del sujeto propio (y nada más). La lógica de esta posibilidad se levanta en la noción misma de libertad que goza el individuo, entendida como no dependencia de lo ajeno, e independencia de los demás; este aire de autonomía le da la pauta para tomar una decisión acerca de su vida al final del tiempo. “El sabio vivirá mientras deba, no mientras pueda” (Ep., 70 §4). Siendo dueño de su ser y de su tiempo, el sabio ha de tener clara la diferencia entre el deber y el poder, es decir, ha de discernir con claridad que es debido llevar el timón de su existencia mientras sus fuerzas y su mente se lo permitan, y que cuando su inteligencia y su cuerpo ya no le permitan gozar de semejante autonomía, entonces “es posible dar fin a sus desdichas [porque] se siente enfermo de espíritu y desdichado” (Séneca, 2019c, 15 §4).

Por otra parte, en lo que se refiere al suicidio por los otros (por los demás), desde luego, no solo es racional, sino que, constituye el acto en suma racional. En este

acto, tiene lugar una prolongación del ser, en el sentido de que el sujeto ya no mira exclusivamente por sus propios intereses, sino que se ha abierto ante los otros, sin que por esto arriesgue un ápice de su libertad, por el contrario, en esta forma de entregarse, el que ofrece su vida, encuentra otro cauce para el despliegue del espíritu, el cual trasciende no solo a su propia individualidad, sino que además su hazaña le hace trascender su espacio y su tiempo.

Es racionalmente aceptable velar por los amigos y por la patria, en este sentido, es necesario recordar que la firmeza del sabio precisa la paciencia, la fortaleza, el valor, la justicia. Dar la vida por la patria, no sólo permite la sobrevivencia de la comunidad a la que uno pertenece, sino que además permite que el ejemplo del sabio sirva como testimonio honorable, cuyo nombre es escrito con letras de oro en la bóveda cerca de los dioses “en conformidad con el bien, de modo que, en la medida en que es lícito, seas una copia del dios” (2019d, 16 §1-2).

Podría decirse que este es el caso más emblemático del hombre virtuoso, quien con valor decide dar su vida en un mundo finito por los otros, pues no sólo constituye el acto más noble, sino el más honorable. Séneca refiere el caso de Horacio Cocles: Él solo interceptó el paso más estrecho del puente, y ordenó que le impidieran la retirada por la espalda con tal de cortar el acceso al enemigo y resistió a los asaltantes todo el tiempo hasta que las vigas arrancadas resonaron en inmenso derrumbamiento. Después que miró hacia atrás y se dio cuenta de que la patria se encontraba fuera de peligro gracias al peligro afrontado por él, dijo: ‘Quien quiera seguirme que venga por este camino’, y se arrojó al fondo, preservando el honor de sus armas victoriosas (Ep., 120 §7).

Otro caso emblemático de suicidio heroico es el de “uno de los Decios se ofreció en voto por la república espoleando su caballo, irrumpió en medio del enemigo buscando la muerte [...], se lanzó sobre las líneas de combate más densas, preocupado tan sólo por alcanzar en su sacrificio señales favorables, con la persuasión de que era cosa deseable una muerte heroica” (Ep., 67 §9). El haberse sacrificado voluntariamente por los demás, para salvar al grupo, o en este caso a la república, sin duda, representa el caso más emblemático de suicidio, no sólo porque en éste se pone en marcha la determinación del sujeto, sino porque además se mira por un bien mayor que el suyo propio, a saber, por el bien de los demás.

Los hechos de estos varones valientes se inscriben en la historia como muertes heroicas, que mediante semejantes hazañas pudieron salvar a una nación o rescatar

a un pueblo que estaba cautivo en la esclavitud. El nombre de éstos, se escribe en el cielo al lado de los seres divinos. Ante su muerte no cabe llorar ni lamentarse, antes bien rendir honor y respeto, pues han ganado renombre en la eternidad.

No lloraré a nadie que esté contento, a nadie que esté llorando: “aquél precisamente ha enjugado mis lágrimas, éste con sus lágrimas ha logrado no ser digno de otras. ¿Voy yo a llorar a Hércules porque se quema vivo, o a Régulo porque se ve travesado por tantos clavos, o a Catón porque se hiere en sus propias heridas? Todos ellos, con poco gasto de tiempo, descubrieron cómo hacerse eternos y alcanzaron la inmortalidad muriendo” (2019e, 16 §3).

Pudiera decirse que quien voluntariamente ofrece su vida por los demás, ha salvado su vida, y su nombre, muriendo, se ha vuelto inmortal. Pues entrega su ser no sólo por honor y prudencia, sino que, además, completando el cuadro de Séneca, lo hace también por amor, no por amor pasional (*eros*), sino por amor a sí y al semejante (*ágape* –amor fraternal–).

Consideramos que esta segunda acepción del suicidio en favor de los otros, es la que aún podría pensarse pertinente, su vigencia deriva de su nobleza y excelencia. Cabe acotar que no todo quien se suicida, como dice el psicoanálisis, necesariamente está débil de sus facultades mentales. No todo quien comete suicidio lo hace mirando exclusivamente por sus intereses personales (aun cuando Séneca haya justificado esta forma de suicidio). Por el contrario, ofrecer la vida por los otros es un acto de lo más sublime y excelso, los casos son mínimos y emblemáticos.

Cabe acotar que aquí no hablamos de una teoría abstracta, sino de una realidad concreta respaldada por las páginas de la historia, en la cual se ofrecen casos contados, con nombre y apellido, en los que ha tenido lugar este tipo de sacrificio y por el cual efectivamente sus artífices han trascendido su tiempo, pasando a la posteridad como insignes ejemplos, gracias a los cuales hoy contamos con una civilización.

Con atrevimiento se pudiera afirmar que, en la base de una cultura, de un pueblo, o de una tradición, se encuentra como piedra miliar el sacrificio voluntario de un sujeto que eligió dar su vida por los demás. La civilización hasta nuestros días ha venido a ser posible gracias a que alguien valientemente ha estado dispuesto a ofrecer su vida en favor de los otros. En suma, hoy en nuestra región, gracias a esta acepción de suicidio o a este sacrificio por la república, es que contamos con patria y libertad.

## REFERENCIAS

- Boeri, M. (2002). “Sobre el suicidio en la filosofía estoica”. En: HYPNOSIS. São Paulo, año 7. No. 8, 1º Sem: p. 21-33.
- Bonete, P., E. (2002). “Muerte, libertad y suicidio, la filosofía como preparación para la muerte”. En *Cuadernos Salamantinos de Filosofía*. Salamanca. No. 29: pp. 431-445.
- Brun, J. (1997). El estoicismo. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Heráclito. (2001). En: Mondolfo Rodolfo, Heráclito. Textos y problemas de su interpretación; Siglo XXI.
- Laercio, Diógenes. (2007). Vidas de los filósofos más ilustres. Alianza Editorial.
- Parménides. (2008). En: Los filósofos presocráticos I. Biblioteca Clásica Gredos.
- Platón. (2019). La apología de Sócrates. Biblioteca Clásica Gredos.
- Rist, J. M. (1995). La filosofía estoica. Grijalbo Mondadori.
- Séneca. (2005). Epístolas morales a Lucilio. (II tomos). Biblioteca Clásica Gredos.
- Séneca. (2019a). Consolación a Marcia. Biblioteca Clásica Gredos.
- Séneca. (2019b). Sobre la providencia. Biblioteca Clásica Gredos.
- Séneca. (2019c). Sobre la ira. Biblioteca Clásica Gredos.
- Séneca. (2019d). Sobre la vida feliz. Biblioteca Clásica Gredos.
- Séneca. (2019e). Sobre la tranquilidad del espíritu. Biblioteca Clásica Gredos.

### *José Antonio Virseda Heras*

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Madrid, España. Maestro en Teología por la Universidad de Innsbruck, Austria y doctor en Filosofía (Psicología y Pedagogía) por la Universidad de Salzburgo, Austria. Director del departamento de Psicología en la UIA (1989-1994). Editor de la Revista de Psicología de la UAEMEX (2012-2014). Docente en la Facultad de Ciencias de la Conducta, UAEMEX; así como vicepresidente de la Revista Internacional Psicólogos sin Fronteras, México.

### *Imelda Zaribel Orozco Rodríguez*

Licenciada en Psicología por la UAEMEX. Maestra en Psicoterapia Gestalt por UNIPRE, miembro del área de Docencia de Psicología Organizacional en la Facultad de Ciencias de la Conducta (Fa.Ci.Co). Docente en la Facultad de Turismo y Gastronomía, actualmente se desempeña como coordinadora de Planeación en la Fa.Ci.Co. Editora General de la Revista Internacional Psicología Sin Fronteras, México.

### *Alejandro Gutiérrez Cedeño*

Licenciado en Psicología por la UAEMEX. Maestro en Psicología de la Salud en las organizaciones. Coordinador Académico del Centro de Capacitación de Recursos Humanos de la UAEMEX. Profesor de asignatura en las licenciaturas de Educación y Psicología en Fa.Ci.Co, así como coordinador de la Licenciatura en psicología. Miembro de la academia de psicología laboral. Evaluador del consejo nacional para la enseñanza e investigación en psicología (CNEIP). Coordinador del Centro de Estudios y Servicios Psicológicos Integrales (CESPI, UAEMEX); Coordinador y expositor en foros para propuesta de la Ley sobre salud mental, en la cámara de diputados; Estado de México.

En *Investigación, perspectivas y reflexiones en torno al suicidio*, se presentan una amplia gama de posturas que reflejan la necesidad por meditar en torno a la solución de una problemática histórica, creciente, compleja y multifactorial, derivada en un problema de salud mundial: el suicidio. Alrededor de la cual giran importantes investigaciones e iniciativas mundiales para combatirla.

Con la finalidad de abonar a la comprensión del fenómeno, en este documento se presentan dos investigaciones, una documental y otra mediante análisis del discurso, además de dos estudios de caso, desde la perspectiva psicoanalítica y desde los factores psicosociales, respectivamente; así como seis ensayos desde diferentes teorías explicativas.

**SDC**

